

Fantásticos proyectos para modernizar a Buenos Aires

ROBERTO ARLT

Inspectores de monumentos

Uno de los últimos e increíbles proyectos del Ministerio de Instrucción Pública es la creación del puesto de Inspector de Monumentos.

¡Dichoso país éste donde se atan los perros con longanizas! ¡Ciudad feliz y confiada!

Ahora tendremos también un inspector de monumentos, como hay en funciones inspectores de leche, de moralidad y afirmados.

Lo curioso sería saber qué es lo que un inspector puede inspeccionarle a un monumento.

Por lo general, las estatuas representan a generales, fuentes, un señor a caballo u otra pamplina; de forma que la inspección de un monumento es tan ridícula como la observación que se le hiciera a un cojo de que no debe ser cojo, porque es antiestético.

A nosotros, en vista de semejantes ocurrencias ministeriales, se nos ocurren las siguientes cosas:

- 1) Que el gobierno libre un oficio nombrando al que suscribe Inspector General de Proyectos Fantásticos para ocupar vagos.
- 2) El infrascripto tiene en la mollera varios proyectos descabellados para embellecer Buenos Aires y emplear en su realización a infinitos holgazanes de comité.
- 3) El postulante se conformaría con quinientos pesos (moneda nacional de curso legal) de sueldo mensuales.

Industrialización del Arroyo Maldonado

La Municipalidad está que no sabe qué destino darle al arroyo Maldonado, un arroyo que no es arroyo ni nada, y que sólo sirve de pretexto a los poetas arrabaleros para rimarlo con "acabado"

Entre los muchos proyectos, hay el de convertirlo en una especie de tubo maestro para los desagües, pero el alma perdularia del arroyo no transa con tan ignominiosa condición, y quiere que lo conviertan en río, aunque sea en un río de juguete y riberas de cemento armado. Podría instalarse allí una minúscula compañía de navegación, o varias empresas de ómnibus acuáticos, lo que resolvería el grave problema de tráfico, sin dejar, por eso, de constituir una delicia para los aficionados a la pesca. ¡Medite nuestro proyecto, señor Noel!

La jaula de los chismes

En todos los barrios, así como se han instalado surtidores de querosene y nafta, deberían ubicarse jaulas de madera con sólidos barrotes y varios loros parleros en su parte superior.

En esas jaulas se encerrarían por algunas horas a las comadres convictas y confesas de chismosas, a las vecinas peleadoras, a las que se dedican a escribir anónimos, a los maridos ausentes y a las que se comen las gallinas del prójimo.

Jardín para enamorados

La Municipalidad tiene el proyecto de convertir el Mercado del Plata en una especie de "garage" aéreo, cosa que, según los ediles, se usa y acostumbra en Yanquilandia. El proyecto no nos agrada. Es lo único que falta para afear la ciudad. Lo que hay que hacer con el Mercado del Plata es echarlo abajo, y construir un jardín con diez pisos, que se llamaría el "jardín de los enamorados", así como los jardines dedicados a los niños se llaman "jardines para infantes".

Cada piso de dicho jardín estaría dedicado a una variedad vegetal y fragante. Habría el piso de los claveles, el de los nardos, de los bojés y de los rosales.

Allí no podrían entrar ni los célibes, ni los casados, ni las solteras. Allí sólo podrían

entrar los novios y los guardianes de dichos jardines. Se llamarían los Inspectores de las Miradas y los Protectores de los Perfumes.

El quiosco de los desesperados

Se evitarían muchos suicidios, robos o malas acciones, si en las principales bocacalles de la ciudad se colocara un amplio quiosco pintado de verde, y en su interior, suntuoso como un bajá de siete colas, a un hombre poético y sesudo. Este hombre tendría la siguiente misión:

En cuanto uno se sintiera triste, o con ganas de despachar a un prójimo, o asaltar un banco, se acercaría al quiosco. Entonces el consejero lo invitaría a entrar, le ofrecería un "sandwich" y un "cívico", y lo consolaría de los ultrajes de la suerte. Es seguro que una repartición así resultaría de más provecho para la República que la Defensa Langosteril.

La Avenida Costanera

Buenos Aires es una ciudad monótona, porque no tiene montañas en su confín. En vez de hacerse una avenida Costanera, que será un recreo y cancha de bochas y campo de batalla de vagos y perdularios, debía circundarse la ciudad de un cordón de sierras de cemento armado.

Sobre ser una defensa contra los vientos pamperos, constituiría un gran negocio, pues en la cresta de la montaña se intentaría un tren eléctrico ultrarrápido, y al pie hoteles campestres, manicomios de inventores, arroyitos desinfectados con creolina y calesitas para los poetas de la nueva sensibilidad.

El presente artículo fue publicado en Don Goyo, el 12 de octubre de 1926 y reproducido en el libro El resorte secreto y otras páginas, Roberto Arlt (Simurg, Buenos Aires 1996)